

EN EL AÑO 1858 FUE PUBLICADA EN UNA IMPRENTA CAPITALINA, por un desconocido bogotano encubierto bajo el seudónimo Philanthropus, esta aguda crítica de la inmoralidad de las costumbres sociales que se expresaban anualmente en las fiestas conmemorativas de la independencia nacional. Su autor entendía la civilización como un autocontrol de la conducta social manifestada por los ciudadanos, como moral pública refinada, y por ello asistía escandalizado a uno de los peores fracasos de las promesas hechas por los hombres de la generación de la independencia. Como diría seis décadas después el ensayista envigadeño Fernando González, el problema de la vida social en Colombia es la mala educación de los colombianos. Por la vigencia de esta crítica de las costumbres populares expresadas en los escenarios públicos, se ofrece a los lectores de la *Revista de Santander* esta rareza bibliográfica recientemente rescatada.

H

ay circunstancias en las naciones en que se revela la situación moral de la sociedad, y en que es fácil al hombre observador apreciarla con exactitud. Las fiestas que acaban de pasar en Bogotá, nos han proporcionado campo en donde hacer observaciones detenidas sobre nuestras costumbres; y deseosos de contribuir de algún modo a curar el mal de que vemos plagada esta sociedad, nos atrevemos a presentar al público un cuadro de lo que ha pasado, para que los funcionarios que han autorizado las escandalosas saturnales de los últimos días de julio, se avergüencen de su debilidad; y para que los ciudadanos honrados y patriotas, espantados de las consecuencias de la inmoralidad a que ha llegado una parte de esta población, se esfuercen en ponerle remedio. El cuadro que presentamos será incompleto; porque, disgustados con la vista de la orgía en permanencia por más de una semana, no pudimos vencer nuestra repugnancia a penetrar en los últimos rincones en donde se reunían los hombres ligados con los vínculos criminales del vicio.

Alucinados con el adelanto intelectual de los granadinos, que revelan los escritos públicos, pensábamos que el sentimiento moral echaba raíces en el corazón a medida que la inteligencia se nutría con mayor caudal de luces. Pero, al penetrar en la sentina inmunda en que ha estado convertida la Plaza de la Constitución y varios de los edificios que la rodean, en las últimas dos semanas, hemos tenido un tristísimo desengaño. La sociedad inteligente, moral y culta, no es sino una capa que cubre el lodo infecto en que se revuelca el resto de una población degradada y envilecida por los vicios.

No tenemos la ocupación de escribir para el público, ni estamos dispuestos a adoptarla, porque abundan por fortuna plumas mejor cortadas que la nuestra, que den alimento a las columnas de los periódicos; pero, al ver la degradación moral de la población bogotana, no solamente consentida, sino autorizada por los funcionarios municipales de la ciudad, no podemos prescindir de apelar al público sensato y honrado, para que estigmatice con su reprobación a la turba corrompida que hace fiesta pública de sus



vicios, y a los gobernantes que la autorizan. La Patria reclama nuestros débiles esfuerzos para matar la hidra que amenaza devorarla, y no podemos ser sordos a su voz.

El aniversario de la independencia es el que ha servido de pretexto para las escenas de escándalo que durante ocho días se ha llamado fiestas públicas. ¡Antítesis injuriosa al sentido común, ironía inmoral, que probarían que éramos indignos del rango de nación civilizada, del título de republicanos que buscamos con la emancipación de la España, si no hubiese en el país ciudadanos que acreditasen que ellos sí han comprendido para qué era buena la independencia! Los

hay, por fortuna; porque, fuera de la turba esclava de las reminiscencias de la colonia, muchos granadinos comprenden que no se derramó la sangre en los combates, no se abandonó la fortuna a la rapacidad del soldado, no se fundó la República, para renovar, bajo su nombre, las saturnales asquerosas de los expedicionarios. No; no fue para eso que hicimos sacrificios por trece años en la guerra a muerte que cubrió de cadáveres nuestros campos. Fue para no ser más colonos españoles, que nos independizamos; fue para romper con el yugo de la dominación política el de las inmorales costumbres con que nuestros opresores degradaban al pueblo para

Borriquero,  
Bogotá, 1878.  
Litografía en  
color de Ramón  
Torres Méndez  
(1809-1885).  
Museo Nacional  
de Colombia. Reg.  
3780



esclavizarlo. Los hijos de los que emprendieron la obra y la santificaron con el sacrificio de su vida y sus fortunas, comprendemos la misión de nuestros padres; y la llenaremos, porque no somos infieles a la escuela en que nos enseñaron el patriotismo en la infancia. Este patriotismo dictará a nuestra pluma las expresiones con que debe afearse, a los ojos de los hombres sensatos, esa exposición de los vicios que se llama aquí fiestas públicas. Empecemos.

Son las doce del día; el ruido de las herraduras de los caballos anuncia que se va a hacer el encierro de los toros. El comerciante cierra su almacén, el artesano su taller; el empleado abandona su oficina; los estudiantes se salen de los colegios, los criados de las casas; los muchachos corren por las calles; los cohetes estallan en la atmósfera; ¡a la plaza! ¡a la plaza! gritan todos .... Vamos con ellos. .

Ya viene la cabalgata que precede a los toros que han de ser encerrados. ¡Aparta! ¡Aparta! que ese joven inconsiderado, que cree que la calle se ha hecho solamente para él y para su caballo, se te echa encima y te atropella; ese orejón revuelve sobre su cabeza el lazo como si estuviera en la Sabana; y todos galopan y gritan como escuadrón que se lanza a la pelea, sin tener compasión por los oídos de los que se encuentran a su paso, ni por la personalidad de los individuos que van a sus quehaceres.

En la plaza, en medio de la algazara, sueltan una de esas bestias feroces que traen de Fute o de la Conejera para divertir a la gente civilizada de Bogotá. ¡Guai del desprevenido que no fijó la vista oportunamente en la puerta del toril!... cayó estropeado sobre las piedras de la plaza mal cubiertas con arena, y además le toca sobre las costillas el casco del corcel de uno de los jinetes que retozan en el circo. ¡Toro! toro! ¡escapa! ¡escapa! ... ¡hay! lo alcanzó; le hirió las asentaderas

con el cuerno, y lo revolcó en las piedras y la arena. ¿Quién será ese zopenco? ¡Ah toro bueno!...

Que lo echen al toril, que ya yo quiero refrescarme con una copa de champaña. ¡Qué champaña, ni qué caracoles! ¡Brandi! ¡brandi! pide la compañía:

*Brandi es vida a los mortales,  
Brandi anima los amores,  
Brandi ahoga los dolores,  
Brandi es padre del placer.*

A esta parodia de Walter Scott siguen sendos tragos, que ponen a los concurrentes *half and half*, como dicen los ingleses. Suenan las dos, se proclama alféreces de la fiesta del día siguiente a los que se calcula que han de ofrecer licores en mayor cantidad, y se disipa la reunión. Cada cual corre a su casa a comer precipitadamente, para volver a las tres al tablado o a la barrera a continuar la fiesta.

El sol está a una altura de veinte grados sobre la parte occidental del horizonte. En los tablados se ve desde el alto magistrado, el rico comerciante, el propietario, hasta el simple obrero. El bello sexo se presenta con sus mejores adornos. El lujo ostenta sus primores alrededor de la plaza como en la antigua Roma en el anfiteatro de Flavio. La multitud circula en el espacio que media entre los tablados y la barrera. De en medio de ella parten las risotadas de los mozalbetes que aplauden las palabras de dudosa significación que profieren los jugadores de lotería. Mezcladas con muchas interjecciones andaluzas, se oyen acá y allá disputas groseras. Las voces que ya no se toleran ni aún en los cuarteles, llegan a los oídos de las señoritas. Algunos jóvenes dirigen miradas desvergonzadas a los palcos en donde están las bellas...

Llega la hora del espectáculo que atrae tanta gente a la plaza. Un hermoso





toro, feroz como los jarameños, sale a la arena. Corre a buscar por dónde escaparse de en medio de unos seres que no son de su sociedad. No; esos seres lo han encerrado dentro de barreras que no puede salvar. ¡Lo han traído allí para forzarlo a que les quite la vida a algunos de ellos para que los demás se diviertan! Lo han traído para gozar con la sangre que le hacen verter las púas acerradas de las banderillas, y las lanzas de los picadores. Los furores de la bestia, las heridas que recibe, y las que hace a los que encuentra a su paso, la agonía de los moribundos a quienes ha atravesado con los cuernos; todo, todo es

diversión. Si no hay nada de esto, el toro no sirve, la fiesta es insulsa, desagradable...

El primer toro ha herido media docena de personas, de las cuales algunas perderán la vida. Sin embargo, sigue otro, y otro, hasta que llegan las seis de la tarde. Con cada uno han pasado, poco más o menos, las mismas escenas. Se ha notado en los espectadores el mismo contento cuando la bestia se ha mostrado con toda su ferocidad; el mismo disgusto cuando se ha notado en ella un poco de mansedumbre.

Entretanto, algunos reniegan de haber sido gravados con la recompensa que

La montada en  
corrida de toros,  
Bogotá, 1878.  
Litografía en  
color de Ramón  
Torres Méndez  
(1809-1885).  
Museo Nacional  
de Colombia. Reg.  
5462



Los combates con las fieras, y después los de los hombres entre ellos mismos en el circo, no han sido los compañeros de la civilización y de las costumbres dulces de la humanidad ilustrada. Los inventó la dura oligarquía romana y los continuó el feroz despotismo de los Césares.

les exigió algún banderillero; otros meditan en lo que les costará el encierro al día siguiente; este anda furioso de celos porque un joven dirigió una mirada atrevida a la señora de sus pensamientos; aquel se lamenta de que las exigencias de su mitad le hayan hecho abandonar su escritorio en vísperas del correo.

En fin, ya se ha puesto el sol, ya es hora de tocar retirada.

Salen todos en confuso tropel. El ebrio al lado del sobrio; la joven honesta rozándose con la cortesana; y por en medio de todos se precipita una turba de mozalbetes descomedidos, procaces y groseros, que embarazan el paso de las señoras, dicen chanzas de mal gusto, o galanterías que la buena crianza no autoriza, y aun cometen el desacato de tocarlas, haciendo después alarde de su impudente inmoralidad.

Si esto fuera por un día, pase: *Oportet aliquando insanire*, dijo un sabio antiguo; y aunque yo solo estoy de acuerdo con él hasta cierto punto, como decía un diputado de Vélez en nuestros primeros Congresos, no extrañaría tal diversión por una tarde. Siempre sería mala, es verdad; porque no debe divertirse al pueblo con espectáculos feroces, que dañan el corazón y excitan las pasiones malévolas, en lugar de acallarlas. El que se divierte con combates sangrientos, el que goza con la agonía de los moribundos y con la ferocidad de los que lidian, será un

ciudadano cruel en las contiendas civiles, un señor acre e irritable con sus domésticos, un hombre sin compasión con los desvalidos y estropeados, en una palabra, un mal miembro de la sociedad.

Los combates con las fieras, y después los de los hombres entre ellos mismos en el circo, no han sido los compañeros de la civilización y de las costumbres dulces de la humanidad ilustrada. Los inventó la dura oligarquía romana y los continuó el feroz despotismo de los Césares. Los españoles, acostumbrados a gozar con la sangre agarena en sus combates con los musulmanes por 800 años, los continuaron; y allá en el desierto se divierten los beduinos con espectáculos semejantes. Ellos son el encanto de los que adoran la fuerza brutal como la cualidad más notable en el individuo. Para esto había alguna razón entre los hombres cuando las fieras abundaban más que ellos en el mundo. Allá en el Asia y en el África era necesario a cada momento combatir con los tigres y los leones, con la hienas y las panteras que iban a devorar los rebaños de la sociedad nómada de los primeros hombres. La bestia penetraba muchas veces en medio del aduar, y arrebató entre sus garras a la esposa, o al infante que reposaba en la cuna. Era necesario saber lidiar con las fieras, estar acostumbrado a verlas sin temor, para saber vencerlas.

Cuando la guerra vino después a desolar el mundo; cuando llegó a ser un principio el error de la conquista, las naciones recelosas unas de otras, en guardia siempre contra las agresiones de las ambiciosas, necesitaban hombres duros en quienes hubiese desaparecido todo sentimiento de compasión. El combate era la ocupación frecuente por necesidad, y era necesario ejercitarse en él en la paz.

Pero ya el mundo no se encuentra en esa situación. Otros tiempos, otras costumbres. El reinado de la inteligencia ha sucedido al de la fuerza brutal. La vida de los pueblos civilizados no es en el aduar del be-

duino rodeado de peligros, ni en las tiendas de campaña de los hunos, de los curdos, etc., etc.

En los pueblos cultos, las autoridades municipales de las ciudades ofrecen al público espectáculos gratuitos en que se diviertan los ciudadanos sin que se corrompa el corazón. Las mongolfieras, los fuegos artificiales, la equitación, los juegos de manos de los juglares, las pantomimas, los bailes en campo abierto, los festines cívicos, los discursos patrióticos de los oradores en las plazas, pueden dar un día de solaz al obrero, y un aumento de placer a la gente divertida, sin dañar el corazón ni pervertir los sentimientos.

Esto es lo que se hace en los países civilizados. En ninguno de ellos se pasan semanas enteras viendo combates de toros, embriaguez y disipación.

Ni aun en la misma España se pasa una semana en fiestas de toros, ni se abre el circo a todos los que quieran ir a medir sus fuerzas y a hacer gala de su destreza con la fiera. Allá hay circos destinados expresamente a ese espectáculo, y hombres amaestrados a la lucha bárbara con el tremendo animal. Por lo menos, está limitado a pocos el peligro, y eso a los que se sabe que pueden escapar de él. Va allí, pagando, el que gusta de aquella diversión, sin riesgo ninguno de que se salga la fiera y lo estropee en la calle, y sin temor de ver perecer a un semejante desvencijado. El espectáculo tiene lugar un día de tiempo en tiempo, no se ofrece en permanencia por semanas. Sin embargo, es ingrata a los ojos sensibles la vista de dos o tres docenas de caballos de los picadores muertos en la arena, y la desapiadada estocada con que se pone término a la vida del bruto.

Los españoles, entre las malas cosas que nos dejaron, no nos legaron la herencia de una plaza de toros, que sí existía en México y en Lima. Pero este mal, que no nos hicieron nuestros opresores, nos lo quieren hacer otros que fueron víctima de ellos. Esperamos que la indiferencia de la población

castigue en adelante a los que así intentan hacernos retrogradar en la carrera de la civilización.

### III

La noche llega; estamos en el altozano de la Catedral; acá y allá se ven mesas de diferentes juegos de azar. En unas se juega con un dado, en otras con tres. Alrededor de cada una de ellas están confundidos ancianos, hombres maduros, niños de la escuela, incluseros abandonados, mujeres, etc. Todos se apiñan en confuso tropel, miran con avidez el embudo por donde arrojan los dados; se afanan, se aprietan, se debaten, en movimientos convulsivos; disputan en lenguaje grueso, y muchas veces se regalan los carrillos con pesados mojicones. Los que pierden, salen renegando de la suerte y exhalando su desesperación en imprecaciones blasfemas y descomedidas. Los que ganan, rebosan de contento, gozan de la desgracia del cachimonero, del banquero de la lotería, del perinolero, de qué sé yo cuantos otros de esos mantenedores de la justa inmoral de los caballeros de industria. Entretanto, en medio de la muchedumbre y de las palabras obscenas y desvergonzadas, el seductor vulgar dirige sus requiebros a la sirvienta de la familia honrada, que abandona el servicio honesto para huir con el que alucinó su corazón con el galanteo; el obrero retoza en la ociosidad, sin pensar en que mañana le faltará el pan por haber abandonado el trabajo; el niño se acostumbra a la vagamundería y recibe numerosas lecciones de inmoralidad.

Todo esto pasa a las puertas de los templos, en donde se adora al Criador, y en donde se predica la moral, se ensalza la virtud y se condena el vicio. Todo es un contrasentido permanente e insultante para la religión, para la independencia, para la civilización. Parece una pesadilla de un hombre indigesto, no la exposición de hechos reales y positivos.

La misma escena se representa sobre los cimientos del Capitolio meditado por la administración Mosquera para alojar allí el Gobierno que había de impulsar el país en la vía del progreso. Aquel monumento, en ruinas antes de levantarse, sirve de teatro a todos los excesos que el Gobierno está llamado a impedir. Allí vive la orgía en permanencia, sin que la interrumpa la luz del sol ni las tinieblas de la noche. Parece que se quiere ofrecer una muestra tangible de una sociedad en disolución, que pisotea el terreno en donde debían estar los que habían de tener el encargo de moralizarla e impedir su ruina. ¡Otro contrasentido!

Pero esto no es todo; todavía no hemos visto sino algunos miembros del monstruo; nos falta la cabeza. Entremos al edificio en donde tenían antes sus sesiones las Cámaras Legislativas, si podemos pasar por la Galería en donde la beodez ha fijado su asiento, sin que nos embaracen el paso.

Hemos logrado penetrar a una de esas tribunas desde las cuales, en otro tiempo, los titulados “democráticos” dictaban las leyes a los falsos republicanos que ocupaban los sillones de las Cámaras, y que buscaban los aplausos de esa turba ignorante y perversa, lisonjeándola con sus débiles condescendencias. Otras saturnales han sucedido allí a las de la demagogia. Allí se ven hombres de toda la Confederación, que han venido a jugar, nada más que a jugar, a buscar o perder la fortuna en las eventualidades de la suerte.

El inmenso salón es un pandemonio en donde reina una temperatura sofocante; porque allí hay congregados millares de personas alumbradas por centenares de bujías, que facilitan al observador el examen de ese conjunto de seres entregados al vicio. El golpe de vista es pintoresco. Hay animación, hay vida, hay movimiento activo en esa reunión de seres. Se parece a la Bolsa de París en los días de adjudicación de alguno de los grandes ferrocarriles que deben atravesar la Francia. Solamente, en lugar de los gritos

de los agentes de cambio, que pregonan el precio de las acciones, se oyen las palabras, *as y dos, la sota, treses*, el 31 (del *biribí*), el 15 (del *pasadiez*) y mil otras relativas a los juegos de dados, de cartas, de ruleta, etc., etc... Observemos.

Alrededor de una mesa de *pasadiez* hay un centenar de personas, entre ellas algunas del sexo femenino, que tienen tan poco respeto por sí mismas, que sufren los apretones, los codazos, el humo del cigarro, los desacatos de todas clases, con tal que puedan conservar un asiento desde donde puedan hacer sus apuntes. Los que no están colocados en contacto con la mesa, se recuestan sobre los hombros de los jugadores, los empujan, los magullan, para alcanzar a apuntarse.

Ya está la mesa cubierta de cóndores y de pesos fuertes. ¡Va la bola!... ¡Se fue!... ¡Ronda!... ¡El 15!... ¡Todo para el banquero!... Entre los que se apuntaron y perdieron, el uno, dice: esa bola está azogada (probablemente); el otro suspira y se araña el pecho con la mano que tiene cruzada sobre él; este se va desconsolado sin el último peso que debía servirle al día siguiente para comprar pan; aquel blasfema contra Dios, que no le ha inspirado el modo de ganar; acá se oyen los cálculos de los que creen que la suerte está sujeta a sus previsiones; mas allá los lamentos de los que vinieron de las provincias seducidos por la esperanza de las ganancias que habían de hacer al *pasadiez*. Renuévase los apuntes, y a cada vuelta de la bola se repiten las mismas escenas.

Al rededor del *biribí*, o *bisbis*, como lo llaman, pasa otro tanto. Pero en donde hay algo de más notable que observar es en el monte de cartas. Allí los ojos de los que apuntan están fijos en las manos del montero, ya para observar el uso de la destreza prestidigitadora de que con frecuencia se sirven esos caballeros, y prevenir sus efectos, ya para aprovechar cualquier descuido, y ver la carta que viene. Dicen que en este juego el éxito depende de la mayor viveza (pillería

debe entenderse) del que talla, o de los que apuntan.

*El tres y el caballo, albures son.*

Llueven los apuntes a una y otra carta; están casi balanceados. El *tres*, sin embargo, está menos cargado que el *caballo*. Si aquel viene o la primera carta, o en puertas (en lenguaje técnico), el montero no pierde sino una parte de los apuntes; pero gana el todo de los de la contraria. Ya me voy ¿no cargan más?... Veinte cóndores más al caballo, dice uno que está al lado del montero, y que no aparta la vista de las manos de este. Me voy, me voy ¿no cargan más?... allá va, pues. El *tres* en puertas. ¡Maldición! dice en voz baja el de los 20 cóndores, ¿si yo vi a un descuido del montero que el caballo estaba en puertas! ¿Cómo ha sido esto?... Nosotros, que no pensábamos en nuestro dinero, porque no tenemos la candidez de comprometerlo en esta especie de negocios, podíamos responderle, porque reparamos que el montero, al volver con rapidez el naipe para mostrar la carta, pasó con suma destreza encima de aquel la que estaba en puertas. Tuvimos tentaciones de advertírselo al tahúr perdido; pero considerando que este se apuntó después de haber visto la carta, y que por lo mismo lo hizo con la seguridad de que iba a robar al montero, no nos pareció extraño que este lo robase a él.

Pasamos allí una hora observando las emociones de los tahúres, y oyendo una jeringonza que no entendíamos, y que parece es el lenguaje técnico de la profesión.: “En tres, voy o van... Aires... Me gusta la marteleña... ¿Me admiten de cují? Copo al seis... Mamaranes... alzó crispín ese gallo... Estoy muy torcido esta noche”...

Vamos a otra parte. ¿Qué hay en aquel cuarto, en donde todos se agrupan sobre la mesa como las avispa en el avispero? No hay modo de penetrar. Escuchemos desde aquí, y por lo que digan calculemos que es lo que hay... “Paro pinta... En treses... En cincos... Vuelta la topo... Cambiada... No, derecho... Tire cambiada conmigo... No lo amarre... Derecho conmigo... Rebúllame los

huesos... Córralo... No lo clave... Tres y cinco... Sena y dos... Cuatro y as, no ganarás... ¡Maldición!... Este demonio nos ha soltado la cabra... ¡Qué animal soy!... Yo que tenía mi esperanza en esta parada, y por eso dije los cien cóndores en seco... ¡Me fregaron!... Quienientos en la cabeza y cinco atrás... Tíreme este paro seco... ¡Treses!... ¡Voto al diablo!...”

Todas estas voces salían a un tiempo del cuarto en donde estaban apiñados aquellos hombres. Todos ellos gritaban; arrojaban puñados de cóndores y de pesos sobre la mesa; buscaban con avidez que se aceptasen sus paradas; gesticulaban de la manera más expresiva unos, hacían contorciones otros; las señales del gozo aparecían en el semblante de aquellos, las de la desesperación caracterizaban el de estos. Todo era confusión, y el conjunto presentaba un modelo excelente para el pincel sombrío de Rembrandt. Era el juego de los dados; el juego en que en pocas horas pierde el tahúr muchos miles de pesos; el juego que excita al más alto grado la codicia y la hace degenerar en una especie de demencia.

Hay otras muchas mesas de diferentes juegos; y en todas, poco más o menos, las mismas peripecias.

Salgamos de este recinto, que tienen valor de visitar algunas señoras movidas por una curiosidad imprudente e indiscreta. Es sensible que se dejen arrastrar por ella a presenciar lo que siempre debe estar velado a los ojos de una mujer. ¿Qué van a ver? ¿Qué hay allí? Lo diremos, nosotros, que no hemos ido allá por curiosidad, sino con el objeto de dibujar el cuadro del vicio para presentarlo a los ojos de la inteligencia para que huya de la realidad.

Hay allí jóvenes ebrios que retozan con las cortesanas en medio de la multitud, y cambian con ellas palabras obscenas y decomedidas; hay traficantes en licores que van acá y allá ofreciendo la botella; hay barateros que fastidian con sus exigencias a los tahúres gananciosos; hay imbéciles que contemplan con ojos de idiota a los jugadores audaces;



Todos los hombres tenemos debilidades, nosotros que escribimos esto, como los demás; *Homo sum, humani nihil a me alienum puto*; pero no hacemos ostentación de nuestra fragilidad. Cuando nos desviamos de la senda de la virtud, no hacemos alarde de ello; pecando, le tributamos siquiera el respetuoso homenaje de la vergüenza.

hay niños que se meten debajo de las mesas a oír todo lo malo que se dice y a recoger los pañuelos o monedas que se caen; hay caras patibularias, que anuncian en las personas que las llevan los escapados de los presidios o los remanentes de la cuadrilla de Russi; hay mugre, insectos, mal olor, todo lo que puede disgustar el alma y los sentidos. Esto es lo que van a ver las señoras curiosas. ¿Deben ceder a su indiscreto deseo? Respondan ellas mismas.

Cuando ya viene la aurora, y la fatiga y el hambre empiezan a hacerse sentir, los jugadores van desfilando, para ir a los toldos, o a los salones en donde se sirve la cena a los que tienen con qué pagarla. Allí se consuelan de sus pérdidas unos y se huelgan de su buena suerte otros, comiendo y bebiendo hasta el amanecer. Los que han perdido, generalmente tratan de ahogar en brandi o en champaña su pesar, y marchan para sus casas con la cabeza trastornada.

Hace más de cuarenta años que vimos por la primera vez, en esa misma plaza de la Catedral, un drama parecido al que se ha representado en los últimos días de julio. Se renovó después en los primeros años de Colombia. Creímos que ya no había

actores que lo volvieran a representar. La prensa acredita un grado de adelanto intelectual en los granadinos, que era base para esperar una gran mejora en las costumbres. Nos hemos engañado. Lo sentimos. Hemos experimentado, al desengañarnos el pesar que se siente al perder una esperanza y ver desaparecer una ilusión grata.

Y ¡ojalá que nuestra pena proviniese solamente de esta causa! Hay otra. Sabemos que todo esto ha sido autorizado por los funcionarios públicos del Estado de Cundinamarca, rigiendo en él las leyes 2ª y 3ª parte 3ª tratado 1º de la *Recopilación Granadina*, sobre policía, que mandan perseguir los juegos de cierta clase. Nosotros no somos partidarios de esas leyes en su mayor parte, porque la autoridad pública no debe meterse en arreglar ciertas acciones de los individuos entre tanto que ellas no perjudiquen sino a ellos mismos; pero no por esto creemos que el Gobierno debe autorizar exposiciones públicas de esa especie de acciones. Eso es empujar la sociedad al vicio, es sancionar por la ley lo que condena la moral. Es acabar con el único freno que tienen esas acciones; ¡la vergüenza!

Todos los hombres tenemos debilidades, nosotros que escribimos esto, como los demás; *Homo sum, humani nihil a me alienum puto*; pero no hacemos ostentación de nuestra fragilidad. Cuando nos desviamos de la senda de la virtud, no hacemos alarde de ello; pecando, le tributamos siquiera el respetuoso homenaje de la vergüenza. No llamamos a la orgía en la calle, en la plaza pública; la escondemos en el interior de las casas. ¿Por qué? Porque tenemos la conciencia de que obramos mal, y siendo bastante imprudentes para hacérselo a nosotros mismos, no queremos extraviar a los demás con nuestro mal ejemplo.

La autoridad debe tener presente esta disposición del corazón humano para contar con ella, y abstenerse de dar leyes que autoricen la violación de los fueros de la vida privada. Pero, si la prudencia aconseja a la

#### IV

autoridad esta conducta prescindente, porque sabe que la moral se encargará de contener excesos que no pueden estar al alcance de la ley, la política aconseja que no saque a la plaza pública esos vicios que andan vergonzantes en los más ocultos rincones de algunas casas. No hay que trasladar a las plazas y a las calles las escenas vergonzosas de las casas del vicio. Que eso se hiciera por los expedicionarios, compañeros de Murillo y de Sámano, criados en los campamentos, viciados en el merodeo y en las licencias de la conquista, es una cosa que se concibe. Pero que esto se renueve en un pueblo culto y civil, en donde son extranjeros los hábitos de los soldados españoles, no podemos comprenderlo.

En todas partes, cuando se quiere divertir al pueblo se hacen, por un día, por dos a lo más, fiestas inocentes, en que se dan espectáculos gratuitos por la autoridad municipal, para que los ciudadanos gocen sin gastar lo que no tienen; sin pensar en el vicio, porque no se les presenta a la vista. Pero aquí las fiestas se convierten en empresa pecuniaria, en arbitrio financiero para el tesoro municipal, y para los que a su lado especulan con los que ceden a la seducción que se les ofrece a la vista. ¡Vergüenza!... El Cabildo de Bogotá alquila la plaza de la Catedral a los que la han de subalquilar a otros; a los publicanos corredores de la codicia de la municipalidad. El juego que es prohibido por la ley, es permitido, mediante la cantidad que se paga por una licencia. La vagancia, que es perseguida en el individuo, se autoriza en la sociedad en masa. Economistas vulgares, financistas de mala ley, no saben crear rentas municipales en una ciudad de sesenta mil almas sino poniendo en almoneda el vicio. ¿De qué os sirven, señores cabildantes, mil quinientos o dos mil pesos que recibiréis de los empresarios de las saturnales, si mañana costará a las rentas públicas una suma tres o

cuatro veces mayor la persecución y castigo de los crímenes que tendrán origen en los desórdenes de los últimos días de julio? Aunque penséis solamente en el dinero, y olvidéis la moral, haced mejor vuestros cálculos en adelante. Estad seguros que vuestras rentas municipales perderán, no ganarán, con las fiestas.

Concluyamos. Hemos ofrecido este cuadro vergonzoso a nuestros conciudadanos, con la esperanza de que los haga meditar sobre las consecuencias desastrosas que puede tener la continuación de esas costumbres españolas introducidas por los déspotas para degradar y envilecer al pueblo. Nos hemos servido del lenguaje y del estilo que está al alcance de nuestra pluma. No nos son familiares el de Aristófanes y Juvenal, que sin duda se emplearán por otras plumas para estigmatizar con el ridículo esas fiestas que acaban de pasar, y que esperamos no volverán jamás a escarnecer la independencia en vez de glorificarla.

Hemos censurado el vicio sin designar ninguna individualidad, porque es nuestro objeto convencer de que esas fiestas tradicionales de los españoles son una antítesis incombible con el estado social que nos tratan de hacer nuestras instituciones, no ofender a ninguna persona. No escribirnos para molestar, sino para instruir. Los que lean este escrito buscarán en balde otro designio que el de corregir las costumbres. ¿Ni cómo podríamos tenerlo nosotros que, repasando nuestra vida, no nos encontramos inocentes? Pero, por lo mismo que, para nosotros, que nos sentimos alguna fuerza en el alma, han sido causa de extravíos esas fiestas públicas de la naturaleza de las que acaban de pasar, somos competentes para apreciar la influencia que deben tener sobre los individuos ignorantes y débiles que forman la masa de la sociedad. □